

Reseña



¿Cómo salir del liberalismo?, de Alain Touraine*

*Rosendo Bolívar Meza***

En este libro, el autor parte de la pregunta de si la sociedad actual tiene la capacidad de cambiar y reinventarse a sí misma a través de las ideas, de sus conflictos y sus esperanzas y concluye que generalmente la respuesta es negativa. Señala que los liberales contestan que ésta debe dejarse guiar por el mercado, mientras que la extrema izquierda se contenta con denunciar abusos y abanderar las causas de las víctimas que parecen no tener conciencia de su situación.

Estas dos opiniones enfrentadas, que se podrían definir como "pensamiento único" y "contrapensamiento único", coinciden no obstante en lo esencial: ninguna de las dos creen en la posibilidad de que surjan actores sociales autónomos, capaces de ejercer alguna influencia en las decisiones políticas (p. 9).

Sin embargo, para el autor también existe una tercera opinión, a la que denomina republicana, que plantea la defensa casi fundamentalista de las instituciones.

IZTAPALAPA 51
julio-diciembre de 2001
pp. 348-352

* Touraine, Alain, *¿Cómo salir del liberalismo?*, Madrid, Paidós, 1999, ISBN: 84-493-0751-1.

** Profesor investigador del Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos "Ricardo Flores Magón" del IPN.

consideradas como la única barrera eficaz contra la descomposición social avanzada. Sus partidarios se pronuncian a favor de los poderes establecidos, en una situación diferente a la que en el pasado llevara a defender la República, entendida como espacio de igualdad y solidaridad.

Estas tres corrientes dominan cada vez más el actual escenario social, alimentando la convicción de que por ahora no hay condiciones propicias para que se produzcan cambios sociales y políticos. Precisamente para cuestionarlas, Alain Touraine escribe este libro.

En la actualidad existen tres modelos de crítica social. El primero combate la mundialización y denuncia la *degradación de las instituciones nacionales*. El segundo no discute la mundialización de la economía sino, más directamente, el poder que las sostiene. Opone a la política liberal el intervencionismo del Estado. El tercero, que inspira este libro, afirma que están surgiendo nuevos actores sociales que reivindican tanto determinados derechos como ciertas identidades colectivas. Piensa también que la reivindicación de los derechos culturales está permitiendo hoy en día la aparición de nuevos actores y que, solamente de este modo, se hará posible la reconstrucción de una capacidad de actuación que se había debilitado en los últimos años.

Tomando como marco de referencia la problemática anterior, las tres principales ideas aquí defendidas por el autor son: 1) La mundialización de la econo-

mía no disuelve la capacidad para la acción política. 2) Las clases desprotegidas no sólo se plantean actuar alzándose contra la dominación, sino reclamando ciertos derechos, en particular los culturales, afirmando al mismo tiempo una concepción innovadora (no únicamente crítica) de la sociedad. 3) El orden institucional resulta poco eficaz, incluso represivo, si no apoya reivindicaciones de igualdad y solidaridad.

De esto se desprende que, de lo que se trata, es de sustituir una lógica del orden y del desorden por otro tipo de lógica, la de la acción social y política, demostrando de paso que, entre determinado orden institucional puramente a la defensiva y unas revueltas de carácter contestatario, debe existir, debe ser reconocido y reactivado, un espacio público que combine el reconocimiento de los conflictos sociales con la voluntad de integración.

Entre frenar y activar la acción política, Touraine opta por la segunda. Si se cree en el dominio absoluto de las fuerzas económicas no puede creerse en la posible aparición de movimientos sociales. La concepción opuesta considera que la acción todavía es posible y que está encaminada hacia la transformación, no tan sólo necesaria sino también eficaz, de la organización social, ya que frente al sufrimiento y la exclusión, y con el fin de escapar de las posturas meramente defensivas, las víctimas podrán convertirse también en agentes sociales, desde el momento en que son capaces de apelar

a principios generales como el de justicia o igualdad, susceptibles de reunir a su alrededor a otras fuerzas mayoritarias.

Sin embargo, es preciso enfatizar que el autor señala con justa razón que la acción política también puede conducir a extravíos ideológicos en los movimientos que se forman a partir de la desesperanza y con ánimo de revuelta, basados en la falsa idea de la impotencia de las víctimas. Tal convicción es peligrosa en la medida en que conduce la protesta a un callejón sin salida, al mantenimiento de cierto estatismo, lo que beneficia tan sólo a aquellos ideólogos que hablan como representantes de un pueblo que por sí mismo no sabría, según ellos, defender conscientemente sus intereses y mejorar su situación.

Es tarea prioritaria, tanto de los actores sociales como de los actores políticos, el acercamiento de unos con otros para permitir a la sociedad abandonar del todo el momento de la transición liberal, reconstruyendo al mismo tiempo la política social.

Para Touraine no es cuestión de buscar una tercera vía entre el liberalismo y el socialismo, ya que a su juicio el segundo está muerto y el primero se debilita con las crisis financieras mundiales, aunque permanece como modelo de referencia para los que desconfían de la intervención del Estado. Las vías intermedias que se presentan en este libro se encuentran entre un liberalismo más voluntarista que real y una socialdemocracia aplastada bajo el peso del intervencionismo y de las empresas públicas

que han debilitado la economía en provecho de "la pequeña burguesía de Estado".

Critica la tercera vía de Anthony Blair, primer ministro inglés, influido por el sociólogo Anthony Giddens, porque sustituye una política de protección por una política de iniciativas que supone la flexibilidad de la organización social y la capacidad supuesta a los actores para tomar iniciativas. Esta concepción política responde al agotamiento del Estado de bienestar. La política de Blair, a juicio del autor, da gran importancia a la mejora de las políticas públicas en educación y sanidad, posee el gran mérito de combinar objetivos económicos y sociales. Pero esta solución, que parece de centro izquierda en Inglaterra y que toma el nombre de social liberalismo, adopta realmente como eje ese mismo liberalismo que intenta corregir por medio de políticas sociales.

Por ello Touraine propone lo que denomina una vía "dos y medio", intermedia entre la antigua socialdemocracia y la tercera vía, la cual concede prioridad a la reintegración social de los excluidos y de los marginados por el recurso de medios económicos, es decir, dando prioridad al aumento de la producción y del empleo. Concibe también como prioritario incrementar el consumo interior, potenciar la capacidad de compra bajando los impuestos y reforzando al mismo tiempo las actividades generadoras de empleo.

Mientras que la tercera vía se puede definir como de centro derecha, la vía dos y medio busca definirse como de

centro izquierda. Con base en ello, el autor aclara que aunque la Europa actual, dirigida por gobiernos a los que se les llama de centro izquierda, no están en realidad sólidamente instalados en ese lado del tablero político. La rápida evolución del nuevo gobierno alemán hacia tesis liberales proporciona una imagen de Europa más cercana al centro derecha que al centro izquierda.

En consecuencia, se presentan en el libro tres prioridades que, al parecer de Touraine, caracterizan la política dos y medio.

1. Lo primero que hace falta en materia de política social es volver a concederle prioridad al problema de la falta de empleo. El objetivo central debe ser combinar una flexibilidad cada vez mayor de las empresas con la defensa del puesto de trabajo. Frente al auge de las ideologías que contemplan la flexibilidad del trabajo como la principal condición del éxito económico, es necesaria la elaboración de una política laboral compatible con los nuevos requerimientos de la economía, con la velocidad de los cambios tecnológicos y con la apertura de las economías nacionales. No es tarea sencilla definir y aplicar semejante política de empleo, aunque es un paso muy relevante reconocer su importancia.
2. La prioridad concedida a la mayor productividad del trabajo ha de

ser sustituida por la búsqueda de una mayor productividad del capital. Sería preciso cambiar también el concepto de crecimiento. En una primera etapa, la modernización consiste en la acumulación de trabajo y de capital, cosas que pueden asegurar elevadas tasas de crecimiento. Pero luego haría falta extender la base del crecimiento y reconocer que ésta requiere diversas condiciones, como son una buena educación, medios de transporte eficaces y una administración pública capaz. La última fase es la del crecimiento permanente o sostenible, en el cual se deben dedicar esfuerzos a la prevención de los mayores riesgos: ecológicos, nucleares, sanitarios, sociales y culturales. Se han de reconstruir las ciudades, facilitar las relaciones interculturales, evitar el desempleo y la marginación de los jóvenes y los ancianos, etcétera.

3. Finalmente, también debe darse una comunicación intercultural, respetando los derechos culturales al igual que son respetados los derechos sociales, donde las minorías sean reconocidas en sus diferencias, pero al mismo tiempo reconozcan adicionalmente las leyes de la mayoría.

El papel de los intelectuales como dirigentes del cambio es fundamental. Depende de ellos, más que de cualquier

otra categoría de ciudadanos, que la protesta se transforme en mera denuncia sin perspectivas o que, por el contrario, conduzca a la formación de nuevos actores sociales e, indirectamente, a nuevas políticas económicas y sociales.

No se llegará a nada si los poderes políticos permanecen indiferentes a las luchas sociales, desconfiando de ellas y

contentándose con la puesta en marcha de políticas centristas que combinan la gestión liberal de la economía con la sola preocupación por el orden y la seguridad pública. Precisamente para defender los movimientos sociales de carácter independiente y, a la vez, las políticas más activas de lucha contra la exclusión, Alain Touraine escribió este libro.